

# LA REVOLUCIÓN

Directores: { MANUEL MORA VALVERDE  
RICARDO COTO CONDE

SEMANARIO DEMÓCRATA

APARTADO No. 1386  
Número suelto 10 cts

Año I

No. 7

## Con respecto al tribunal de accidentes de trabajo

Es indudable que la Ley de Accidentes de Trabajo, con el mecanismo que se usa para su aplicación, no da en la práctica los hermosos resultados que se tuvieron en mira al elaborarla. Se quiso hacer una ley que protegiese a los pobres trabajadores cuando la desgracia de un accidente los obligase a guardar cama y a dejar de trabajar, y esa ley ha sido perfectamente anulada, al dejar supeditado el tribunal que la aplica al Poder Ejecutivo ¿Por qué no depende ese tribunal del Poder Judicial como la lógica lo pide? Todos sabemos que el Ejecutivo no es el llamado a la administración de justicia, y que al encomendársele funciones de tal especie, no se hace sino poner esas funciones a merced de múltiples influencias, entre otras, las políticas. Ya son muy frecuentes los casos en que el Tribunal condena a un rico hacendado o a un empresario de cualquiera clase, a pagar a un infeliz trabajador una miserable in-

demnización, y el Presidente revoca el fallo de la manera más estúpida y cruel por agradar al infame capitalista, que no vacila en poner en juego cualquier sucia trama, para robar el pan al trabajador que se invalidó regalándole sus fuerzas. Repetimos que esos casos son muy frecuentes, y no citamos ninguno por no hacer larga esta nota, pero en otra ocasión lo haremos. Varias veces hemos tenido que reírnos no sabemos si de lástima o de vergüenza, al contemplar en un boletín judicial, razones absurdas y ridículas, traídas por los cabellos, con las cuales son reducidos a nada, fallos bien fundamentados en la justicia y en la Ley.

¿Querría el Congreso remediar esos males? ¿Y de no suceder así, los obreros por qué no se unen y exigen por la fuerza la reparación de esa injusticia? ¿Pensarán continuar dejando cobardemente pisotear sus derechos?

duo que lo maneja; la pala al rebotar sobre el duro pavimento imita la queja continua e inescuchada del trabajador, y las piedras, golpeadas por los aceros, chispean en un arranque de insubordinación. Pero los hombres, inconscientes de su miseria, e incapaces de comprenderla y remediarla, golpean sin cesar. El sudor corre por sus polvorientas frentes; el polvo obscurece sus vistas; los labios apretados sostienen el puro, formando un rictus amargo y doloroso; sobre la espalda doblada el sol deja caer implacable sus rayos de fuego.

Si fatigados de su incómoda posición descansan unos instantes, la voz brusca del capataz los llama de nuevo a su tarea: son los galeotes de la tierra.

¡Pobres gentes, parias de una sociedad disoluta y despilfarradora, que irrisoriamente se titula democrática. Nadie al pasar al lado de ellos piensa que alguno puede estar enfermo; que muchos probablemente desfallecen debido a una alimentación inadecuada, y a pesar de eso tienen que matarse trabajando como bestias. Quizá en la casa de alguno, en su humilde y oscura vivienda, se encuentra enfermo el hijito de su alma; y ansía estar a su lado un momento siquiera; y llevarle medicinas para curarle su mustio cuerpecito y juguetes con qué arrancar una sonrisa a los macilentos labios.

Cuántos al salir de sus casas dejaron postrada en el duro lecho a su anciana madre sufriendo los achaques de la miseria. En los oídos de muchos resuenan todavía las duras palabras del dueño de la miserable covacha que les sirve de habitación, increpándolos por un atraso.

¿Cuál diversión, cuál distracción tienen esos hijos del dolor? Ninguna. Y sin embargo, cuán duro castiga la

## VIENDO VIVIR

El sol brilla en el cenit con todo el esplendor que le da un cielo sin nubes, de un azul profundo. Sus rayos diríanse aceradas y candentes agujas que taladran la carne. Nada empaña la limpidez azulosa de los cielos inmensos.

La vía en reparación es intran-sitable. Sobre ella la tierra amon-tonada dibuja caprichosas montañas en miniatura, de un color amarillento que se torna rojo al recibir los dardos de Febo; los sanjones estrechos y profundos semejan abiertas tumbas de un cementerio de aldea.

Visto a cierta distancia, el cuadro tiene una rudeza agreste que cautiva. Pero de cerca tiene un no sé qué de triste y doloroso. Es una de las tantas páginas del libro de la vida, en la cual podemos leer la miseria de ciertos monigotes que se llaman hombres.

Da lástima ver a esos seres, encorvados desde la mañana hasta la tarde sobre el ardoroso suelo levantando el pesado pico con un movimiento mecánico, monótono, cansado. Cae éste sobre las piedras y al chocar con ellas parece que lanza un grito de rebeldía impotente de que es incapaz el indivi-

*Pasa a la página dos*